

con la criatura, mientras va la esposa descansada al lado? ¿No es cortesía que el marido ayude a su esposa a secar la vajilla después de la comida?

Yo tomo casi todas las mañanas un ómnibus en la Quinta Avenida para ir de mi casa a mi oficina. Los ómnibus llevan tanta gente, que mucha de ella se queda esperando largo rato un asiento desocupado. Si observáis, notaréis que los automóviles particulares pasan constantemente invitando a los peatones a que suban a ocupar un asiento. Esta no es sólo una cortesía para con las mujeres lo es también para con los hombres. A mí me ha tocado varias veces ser invitado por caballeros amables, desconocidos, para quienes este gesto de cortesía es tan común como decir gracias en nuestro país. Lo que podéis observar en la Quinta Avenida de Nueva York, lo podéis observar igualmente en la Avenida Michigan de Chicago, en cualquiera ciudad del país y en cualquier camino de los campos.

No, no podemos exportaros cortesía. Hay otro valor moral que generalmente cree el hispano americano que puede exportar a este país. Se dice que los Estados Unidos pueden aprender modales en nuestros países. Se dice que nosotros somos suaves, afables, discretos, distinguidos, cultos en nuestros gestos y movimientos, al paso que el yanqui es áspero, grosero, inculto.

La anterior es una observación superficial. El hispano americano culto, que en su patria se ha rozado exclusivamente con gente de su propio círculo, tan culta como él, al venir aquí se tiene que rozar con gente de todas las clases sociales, porque hay en este país mayor intercambio social entre los individuos de las diversas escalas económicas. Por otra parte, aquí el magnate de hoy, el banquero, el industrial, el millonario, eran muchas veces el obrero o el peón de ayer. En nuestros países, en general, el magnate de hoy es el hijo del magnate de ayer, el nieto del magnate de antes de ayer y el biznieto del anterior. Dentro de nuestros países hay una clase privilegiada que trasmite sus modales perfeccionados de generación en generación. A un inglés le preguntaron en una ocasión cuál era la receta para hacer de cualquier hombre un «gentleman» y el inglés contestó: «es muy fácil, hay que principiar cinco generaciones atrás». Yo creo que hay exageración y pesimismo en la contestación del inglés, pero algo hay de verdad en ella. Nuestros «gentlemen», nuestros caballeros, principiaron a serlo cinco generaciones antes. Como allá hay estabilidad social, como es difícil para el peón surgir económica y socialmente, no vemos nunca o

casi nunca en nuestros salones elegantes al que ha tenido que improvisar sus modales. Vosotros, con vuestra organización democrática, los tenéis. Esto explica que nosotros recibiéramos en nuestros puertos una vez la visita de un barco de guerra vuestro, algunos de cuyos oficiales e invitados a un baile en nuestro suelo se portaran como caballeros improvisados y nos causarían indignación. El que juzga superficialmente está expuesto a hacer generalizaciones injustificadas.

No quiero decir con lo anterior que no tenemos muchas y grandes virtudes. Tenemos, por ejemplo, un espíritu de generoso idealismo internacional. «América para la Humanidad», ideal hispano-americano, expresado en las márgenes del Río de la Plata por uno de los Presidentes de nuestra América, es el perfeccionamiento de vuestro ideal «América para los Americanos», expresado por uno de vuestros grandes Presidentes. La Argentina, al retirarse de la Liga de las Naciones, porque no se aceptaba su insinuación de que todos los países del mundo fueran admitidos a ella, reflejaba este espíritu de generoso idealismo internacional. Monumentos de ese idealismo internacional son también el Cristo de los Andes, que sella la amistad de Chile y la Argentina, y el Puente de Rumiebo, que sella la amistad del Ecuador y Colombia. Pero este espíritu de generoso idealismo internacional, también lo tenéis vosotros y lo habéis hecho una realidad en forma espléndida y magnánima. Tenemos grandes virtudes, pero vosotros también tenéis las que nosotros tenemos. Espiritualmente, podéis darnos vosotros más de lo que podemos daros nosotros.

Vosotros sois un pueblo práctico, eminentemente práctico. ¿Hay alguna conveniencia en que déis, si no habéis de recibir nada en cambio? Nos enviáis locomotoras, trilladoras, tractores, pero traéis cobre, café, salitre. No regaláis vuestras manufacturas. ¿Habéis de regalar vuestros valores espirituales? No. Vais a ser pagados, y vais a ser pagados con lujo. Eso, sí, tenéis que exportar estos valores morales a plazo, tenéis que dar crédito. Soléis dar noventa días para el pago de vuestros valores materiales; tendréis que dar acaso noventa años de plazo en estas transacciones espirituales.

Como he mostrado antes, la América Española está capacitada para recibir estos valores vuestros, que son vuestras características raciales. No sólo está capacitada para recibirlos, sino que los está recibiendo y asimilando. La América Española tiene hoy día sesenta millones de almas y ha de tener en cien años más, doscientos millones. Su población es de

gente buena, de un fondo moral digno de todo encomio. Es capaz de un progreso ilimitado, tan ilimitado como el vuestro. Vosotros, al establaros en estas playas, importásteis vuestros valores morales de Europa. Los importásteis a crédito. No erais capaces entonces, como no somos capaces nosotros ahora, de pagar al contado. Pero ya estáis pagando. Estáis pagando a un tipo de interés nunca visto en la historia. Las virtudes incipientes que importasteis de Europa echaron aquí raíces fecundas y superan ahora a las virtudes del Viejo Mundo. Copiasteis vuestras primeras universidades de Europa. Hoy día Europa copia vuestras universidades. Importasteis vuestros principios democráticos de Europa. La Magna Carta y los principios de la Revolución Francesa fueron primero inspiración para vosotros. Hoy día vuestro credo democrático es una inspiración para la Europa. Afligido el Viejo Mundo, en una lucha desgarradora en que combatían los principios autocráticos contra los principios democráticos, miró hacia vosotros y os pidió auxilio moral y material. Vosotros prestasteis todo vuestro concurso a la causa democrática y la hicisteis triunfar. El más poderoso Imperio del Viejo Mundo tuvo que rendirse ante vuestros golpes decisivos.

No sabemos cómo van a ser las luchas del futuro. Pero, sí, sabemos que cualesquiera que éstas sean, el continente del sur será una fuerza decisiva. Lo puede ser para el bien o para el mal. Y es de ventajas para toda la América, para la del Sur y para la del Norte, es de ventajas para todo el mundo, que su influencia sea para el bien.

Vuestras virtudes cardinales de hoy, importadas a la América nuestra, donde tienen suelo y atmósfera propicios, crecerán como crecieron las virtudes europeas en vuestro suelo, y a nuestra vez podremos exportar valores morales a vuestro país, como vosotros los exportáis ahora a Europa. Para nosotros repercutió hace tiempo en todos los ámbitos de nuestra América el tañido de vuestra campana de la libertad cuando sacudisteis su badajo en Philadelphia. Bien puede ser que algún día alguna otra campana doble en nuestro lejano sur con tañidos propios que os traigan una nueva inspiración.

Por otra parte, ocurre con los valores morales lo contrario de lo que ocurre con los valores materiales. Si tenéis un valor material 100, digamos, y dais 50, quedáis con un saldo de 50. En cambio, si tenéis un valor moral 100 y dais 50 os quedáis con un saldo de 200. Entre más amor dais más tenéis. Entre más trabaja el músculo más fuerte es. Entre más trabaja el